

Lepidodactylus lugubris

Kalinka Velasco Zárate
kvelasco.idiomas@uabjo.mx

Compartí unos meses el espacio en mi casa con una pequeña y veloz lagartija. —Me acompaña— decía yo a aquellos que por casualidad la miraban cruzar las paredes blancas

Me acompaña mientras yo me ocupo de los trastes sucios en la cocina, mientras leo un libro antes de apagar la lámpara para dormir. Justo en ese instante su tarea más valorada por mí sucedía: dando fuertes coletazos y pequeños brincos sobre una trabe de madera en el techo de la recámara, se abalanzaba sobre una hormiga carpintera, ambarina y alada, a su regreso de la lámpara. Su presa en esa caza nocturna

—No las consientas— me dijeron, —son sucias, bichos de mal agüero, una plaga.

En cambio, decidí no consentir a las hormigas, me cansó su vuelo constante de la trabe a la fuente de luz que las atraía. Una mañana, rocié insecticida sobre el hueco de donde salían. Desde esa noche en que la cuija saltó sobre mí estando acostada en mi cama, atravieso la trabe de madera, en fila, muy pegada a mis compañeras. No volteo hacia la luz, no me distraigo, sólo oigo los coletazos, no vaya yo a ser su próxima víctima.